

blica»: artículo del diario católico LA VERDAD, que comienza la enésima campaña en contra del Entierro y las «diosas».

1924-1927. Cuatro años sin Entierro.

1928. El marqués de Ordoño, alcalde de Murcia, recupera el desfile. El cineasta amateur Mariano Bo rueda por primera vez el Entierro.

1929. La Junta Central de la Unión Mercantil e Industrial, organizadora del Entierro de la Sardina.

1931. Se estrena el 'Himno sardinero', con letra de Andrés Bolarín y música de Manuel Massotti Escuder.

1932. El presidente de la República, Alcalá-Zamora, asiste al desfile. El Entierro pasa por primera

vez por el barrio de El Carmen. Unamuno, mantenedor de los juegos florales de las Fiestas de Primavera.

1934 y 1936. No sale el Entierro por falta de fondos económicos.

1937-1941. Parón motivado por la Guerra Civil.

1942. La Delegación Provincial de Prensa y Propaganda de Falange y los sindicatos verticales reto-

man y organizan el Entierro.

1944. El desfile del Entierro, en el NODO (noticiero-documental cinematográfico).

1945-1946. No hubo desfile.

1951. Se constituye una Comisión de sardineros en coordinación con la concejalía de fiestas

1955. Primeras referencias al reparto de «pitos» durante el Entierro.

1963. 'Fuego sardinero', corto documental de Medina Bardón.

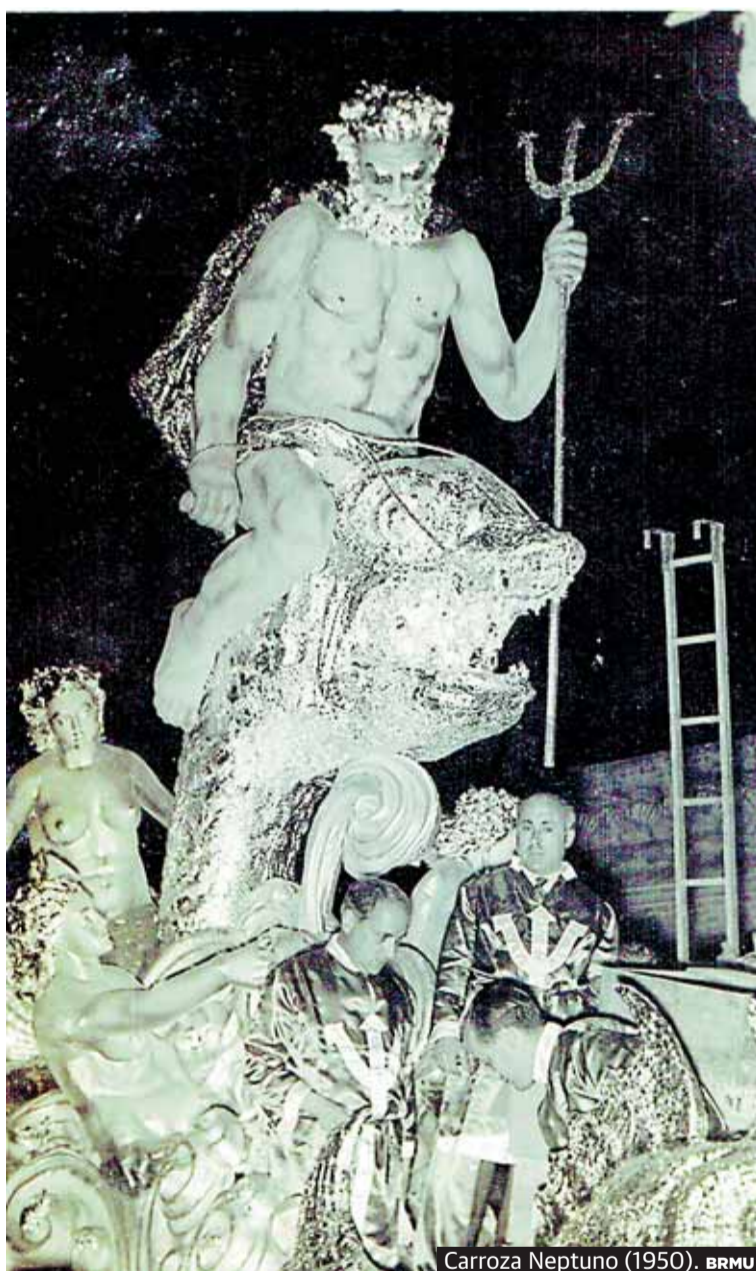
1966. Las carrozas son costeadas por los distintos barrios de Murcia, que eligen sus «reinas sardineras». Primer Gran Pez honorífico: Manuel Augusto García Viñolas.

1968. El Entierro deja de discurrir por la histórica calle Trapería debido al aumento del tamaño de

carnavalesca



Carroza Apolo (1919).
BIBLIOTECA REGIONAL
DE MURCIA (BRMU)



Carroza Neptuno (1950). BRMU

cientemente sobre teatro, arte y parateatro en la festividad murciana del XVII) o los artísticos y barrocos desfiles pasionales de la Semana Santa. La diferencia, a partir de mediados del XIX, es que por primera vez la fiesta en la calle se organizaba y financiaba por la sociedad civil, no desde los poderes político o religioso.

El fenómeno del Entierro de la Sardina madrileño, en su forma de parodia de un cortejo fúnebre fincarnavalero, no solo se recreó en Murcia, donde triunfó con signo propio y distintivo desde 1851, sino que se extendió por el resto del país, ce-

'El Mundo Pintoresco' publicó en abril de 1859 las imágenes más antiguas de las carrozas del Entierro murciano, debidas al por entonces desconocido pintor Domingo Valdivieso, que hoy vuelven a ver la luz en LA VERDAD

lebrándose en otras ciudades como Sevilla (1857), Logroño (1858), Córdoba (1860) o Ceuta (1865), a pesar de —o precisamente azuzado por— las críticas de los sectores clericales y conservadores. De tal modo que devino en un signo de expresión de libertad y de desenfrenada confrontación de los progresistas con la Iglesia, los sectores conservadores y la prensa neo-católica, que clamaban por su prohibición.

Si de Madrid se trasladó a Murcia el nombre y el concepto inicial, es muy posible que el añadido de la cabalgata y el desfile de carrozas artísticas se inspirara en el que

por entonces era el carnaval más famoso de España: el de Barcelona. Surgido en el popular barrio de El Borne hacia 1840, evolucionó de forma espectacular impulsado por asociaciones y grupos de la élite económico-social. Su principal evento era la mascarada del Entierro del Carnaval, con decenas de comparsas y carrozas decoradas y alegóricas, a la que precedía la proclamación de un humorístico bando dirigido a la población y a la que, desde 1857, se le añadió la farsa de su recepción en el puerto. Como se ve, algunos de los elementos que también estarían presentes en el carnaval de Murcia.

Pero el éxito de la mascarada murciana también generó versiones de su desfile en localidades de su entorno. Así en 1862 fue prohibido en Lorca un denominado 'Bando del carnaval' y en 1867 y 1869 se celebraron en Albacete desfiles del Entierro de la Sardina, con un esquema muy similar al de Murcia (que precisamente no salió esos años). Pero también los hubo en Cehegín (1870), Alhama de Murcia (1881) e incluso el barrio Peral de Cartagena celebraba hacia 1901 un Entierro y testamento de la Sardina.

La «época dorada» (1876-1879)

Durante la segunda y gloriosa etapa del carnaval murciano las celebraciones se recargaron y ampliaron temporalmente. Se estableció un extenso ciclo de bailes de disfraces, lujosas cabalgatas y desfiles de artísticas carrozas y variadas comparsas que comenzaban el mismo día de Reyes (como desde 1870 sucedía en Nueva Orleans), se prolongaban durante La Candelaria (2 de febrero) y culminaban con la comitiva de recepción de la Sardina (que llegaba en tren, supuestamente desde Cartagena) y los desfiles del Bando de la Huerta (domingo de Carnaval por la mañana), del Testamento (lunes por la mañana) y del Entierro de la Sardina (martes noche), concluyendo las celebraciones justo antes del Miércoles de Ceniza, cuando comenzaba la Cuaresma. Este primer resurgir de la fiesta se vería cercenado de forma abrupta por las terribles consecuencias económicas y sociales de la Riada de Santa Teresa.

Del carnaval a las Fiestas de Primavera

Tras veinte años desaparecido, y varios intentos infructuosos de re-

vitalizarlo, fue en 1899 cuando se recuperó el Entierro de la Sardina. Pero al demorarse los preparativos no estuvo a punto para el carnaval, por lo que se decidió realizarlo después de la Semana Santa. Esta circunstancia coyuntural tuvo fortuna, sin duda impulsada por las fuerzas conservadoras que conseguían desligarlo del pagano carnaval, alegando además que tenía más sentido enterrar la sardina tras la Cuaresma. Junto a las procesiones religiosas y al renacido Bando de la Huerta, y con el añadido de la Batalla de las Flores (inspirada en la del famoso carnaval de Niza), tomaban carta de naturaleza las nuevas «Fiestas cívico-religiosas de Primavera», que han perdurado hasta hoy; quedando circunscrito el Entierro a un único día, despojado ya de la serie de desfiles y bailes de carnaval que comenzaban el día de Reyes.

La originalidad del Entierro de Murcia

El éxito del desfile del carnaval murciano radicó, además de en la calidad artística y variedad de sus carrozas, comparsas y disfraces, en varios signos distintivos. El primero, ser un desfile nocturno y fantasmagórico, iluminado por «hachas de viento» (gruesas antorchas de esparto con alquitrán, resinas y cera que resistían al viento sin apagarse) y por «luces de Bengala» (un novedoso fuego artificial de origen hindú que ardía lentamente y emitía chispas de colores). Hachoneros y chisperos que inevitablemente nos recuerdan a los flambeaux de Nueva Orleans. Otro elemento singular es que la efigie de la sardina no se enterraba, como en Madrid, sino que era quemada en un lujoso catafalco, concluyendo la fiesta con vistosos fuegos artificiales. Una «apoteosis» (como se le denominaba a finales del s. XIX) de fuego con ecos de las vecinas fallas de Valencia y fogueres de Alicante.

Por último, destaca el reparto de regalos entre el público, ya presente desde sus inicios en forma de «versos, dulces y flores [lanzados] a las bellezas que en los balcones contemplan en delicioso éxtasis el brillante cuadro». La distribución gratuita de todo tipo de objetos y juguetes (antiguamente de metal, cartón, barro y madera; luego de plástico) fue ganando en importancia y actualmente es una de las mayores peculiaridades, casi catárticas, del Entierro. En todo caso es interesante no-

